

Julie Klassen

*Susurros en
Painswick Court*



Libros de
seda

Para Carol Maxwell y todos los miembros de
la Sociedad Histórica de Painswick, cuya excelente publicación,
el *Painswick Chronicle*, me sirvió de guía durante la escritura
de este libro.

«Gloucester[shire] es un gran condado, y Painswick, uno de los lugares más encantadores del mundo».

Jorge III del Reino Unido, *Gloucester Journal* (1789)



«Antiguamente, a lo largo de toda Inglaterra, la ley obligaba a que los miembros de una parroquia plantaran tejos en el patio de sus iglesias, con el propósito de abastecer a los arqueros del rey con la madera que necesitaban para sus arcos».

James Malcolm, *Compendio sobre la agricultura moderna* (1805)



«¡Oh, mi mortaja blanca, adornada con ramas de tejo, debéis preparar!/El papel de mi muerte nadie mejor que yo lo puede de interpretar».

William Shakespeare, *Noche de reyes* (1602)



«En momentos de sufrimiento, una asistente médica diestra, una amiga afectuosa y comprensiva y una enfermera amable y experimentada suponen una bendición inestimable».

La buena enfermera, o claves para el gobierno de las habitaciones de enfermos y parturientas (1828)

Capítulo 1

Gloucestershire, 1821

La señorita Anne Loveday se hallaba en la sala de estar con el viudo señor Shufflebottom —de verdad se llamaba así¹—, el cual le estaba soltando una perorata acerca de sus ocho hijos adultos y cuánto añoraban aún hoy a su madre, que había fallecido muchos años atrás dando a luz al noveno. También le describió tediosamente y con todo lujo de detalles su magnífica casa, donde habitaban dichos hijos adultos y varios nietos.

Anne no estaba prestando atención.

En vez de eso, su mente se encontraba en un lugar más agradable. Estaba reviviendo el maravilloso pícnic veraniego con el que sus padres, su hermana, un puñado de amigos y ella habían celebrado el aniversario de bodas de sus abuelos. El abuelo y la abuela estaban sentados en una manta bajo las ramas entrelazadas del tejo del camposanto de la iglesia de Painswick, con el alegre canto de cortejo de los reyezuelos acompañándolos desde arriba. Madre, sana y llena de energía, se movía con afán mientras les pasaba platos que contenían pollo frío, lonchas de ternera y tarta de queso Stilton y les rellenaba los vasos de limonada.

Todos los seres queridos de Anne, juntos y felices, con un alegre futuro por delante.

—Me encantan los pícnicos, pero ¿por qué lo celebramos bajo este árbol? —le preguntó Anne a su abuelo—. Creía que los tejos eran un símbolo de la muerte.

—Y lo son, mi tesorito, pero la muerte es parte de la vida. Los tejos viven hasta mil años. ¿Ves cómo se le doblan las ramas hacia el suelo? Un día echarán raíces y ahí mismo comenzará a brotar otro árbol. Por eso

1 N. del Trad.: Generalmente escrito con doble efe, Shufflebottom es un apellido toponímico inglés. El chiste aquí es que suena como *bottom shuffle*, que hace referencia a cuando los bebés, en lugar de gatear, se mueven arrastrando el trasero por el suelo.

el tejo representa también el renacimiento y la vida eterna. Además, son útiles, ya que ofrecen refugio a los animales del bosque.

—Eres un romántico empedernido, Tom —le reprendió la abuela a modo de broma—. Pensaba que estábamos aquí porque fue donde me pediste matrimonio.

—Estaba a punto de llegar a esa parte, doña impaciente —respondió él dirigiendo una mirada llena de cariño a la mujer con la que llevaba tantas décadas casado.

—Pero ¿no se supone que son tóxicos? —insistió Anne.

—Muchísimo, tesorito. Y nunca te olvides de que...

Anne regresó de golpe al presente cuando se dio cuenta de que el viudo la miraba asombrado sosteniendo una galleta de jengibre a unos centímetros de la boca.

—¿Son tóxicas?

—¡Ay! No, las galletas no. —Dejó escapar una leve risita—. Estaba pensando en otra cosa.

—Ah, claro. Su madre mencionó...

—Madrastra.

—Sí, eso. Mencionó que siente usted una inusual predilección por las hierbas y las medicinas. No se preocupe; el matrimonio la ayudará a desprenderse de esas cualidades poco deseables. Estará demasiado ocupada atendiendo la casa y a los niños como para poder dedicarse a... actividades menos tradicionales.

Anne se levantó con brusquedad.

—Con su permiso.

Bajo el pretexto de tener que usar el escusado —pronunciar estas palabras en voz alta se consideraba una indiscreción, pero ella lo hizo de todos modos—, Anne salió de la habitación y se dirigió caminando de puntillas a su escondite preferido. Con un suspiro de alivio, se ocultó tras las cortinas del cortejador del despacho de su padre y retomó la lectura de su preciada enciclopedia médica, a salvo del hombre que aspiraba a ser su pretendiente, de su madrastra y de sus medio hermanos; soñando con una vida diferente a la que llevaba.

Apenas había terminado de leer una página cuando unas zancadas que conocía bien irrumpieron en el despacho.

Su padre apartó las cortinas para dejar al descubierto el santuario de Anne, cuya existencia solo él conocía.

—La señora Barker está de parto —dijo—. Su hija mayor ha venido a avisarme. Recuérdame una cosa, ¿la última vez tuvimos que usar fórceps o pinzas vectis?

—¡Ninguna de las dos! Solo hicieron falta tiempo y paciencia, y también palabras de aliento. —Anne se incorporó—. Te acompaño. Su último parto fue sin duda complicado.

—No será necesario. En esta ocasión también han avisado a la comadrona, y ya sabes que Nancy no quiere que...

—¿Qué está pasando aquí? —La estridente voz de su madrastra surgió por detrás de su padre. Un instante después, la mujer se encontraba al lado de su marido—. ¿Es aquí donde te estabas escondiendo? —El rostro pálido de Nancy se llenó de descontento—. Ah, no. No, no, no. Anne no va a ir contigo. Tiene que disculparse con el pretendiente al que ha abandonado de un modo tan grosero. Además, Anne no es comadrona, ni tampoco tu ayudante.

—Por supuesto que no —dijo su padre—. Solo estaba...

Nancy hizo un aspaviento con las manos.

—¿Es que acaso no quieres que Anne tenga una vida mejor? Una familia, su propia casa...

—Pues claro, cuando llegue el momento, pero...

—Pero la que no quiere soy yo —intervino Anne—. El matrimonio solo trae infelicidad, bebés y muerte.

Era consciente de que exageraba, pero es cierto que varias mujeres habían fallecido dando a luz durante los años que ella llevaba echándole una mano a su padre.

—Los matrimonios no siempre son infelices —replicó Nancy.

—¿Ah, no? —Anne levantó las cejas—. ¿Y qué hay de Fanny?

—¡Tú y tu hermana! —Su madrastra resopló—. Decididas a ser desdichadas porque la vida no os ha concedido exactamente lo que queráis, todo ello mientras ignoráis aquello que de verdad podría haceros felices. No, las mujeres no pueden ser médicos; y sí, el señor Dalby se casó con otra. ¿De verdad crees que solo existe un camino hacia la felicidad? Dios es más grande que todo eso y la vida es más complicada. Malgastas tanto

tiempo lamentándote por aquello que no puedes tener que pasas por alto las excelentes oportunidades que tienes delante de tus narices, y hasta te mofas de ellas.

Anne sintió una oleada de indignación.

—¿De verdad estás sugiriendo que el señor Shufflebottom es una excelente oportunidad? ¿Es mi camino hacia la felicidad? ¿Eso es para lo único que sirvo, para atarme a alguien que es prácticamente un desconocido y darle un hijo tras otro mientras las caderas se me van ensanchando y la paciencia se me va acabando?

Nancy se colocó las manos en sus generosas caderas y respondió desafiante:

—¿Como yo, quieres decir?

—Quien se pica...

—¡Anne Louise Loveday! —tronó su padre—. Me avergüenzo de tu comportamiento. Pídele ya mismo disculpas a tu madrastra.

Anne miró a su padre, el traidor, con el mentón alzado.

—Me puedo disculpar por ser maleducada, pero no por decir la verdad.

Anne no era una persona malintencionada, pero la segunda esposa de su padre sacaba lo peor de ella. No podía evitar guardarle rencor a aquella mujer que, siendo solo unos años mayor que ella, le impedía alcanzar la ilusión de su vida.

A continuación, se produjo un silencio incómodo mientras ambos la miraban con cara de pocos amigos, sobre todo la jovencísima mujer de su padre, la cual irradiaba tensión.

—Ya te había dicho que es hora de que se marche —dijo Nancy mientras lo agarraba del brazo—. Con otro bebé en camino, nos hace falta la habitación. Además, sus enfados constantes no me sientan bien.

Su padre miró a Nancy y no expresó su desacuerdo. En vez de eso, suspiró.

—Hablando de marcharse..., más me vale dirigirme cuanto antes a casa de los Barker.

—¿Sin mí? —preguntó Ane.

—Exacto —respondió Nancy por él—. Estoy segura de que la comadrona podrá arreglárselas sin ti.

Anne abrió la boca para protestar, pero en ese instante una manita se agarró a la suya. Miró hacia abajo y, a través de la neblina roja de la ira, se encontró con el rostro surcado de lágrimas de Matilda.

—Anne, me he vuelto a arañar la rodilla. ¿Me ayudas? Antes de que me llene toda la falda de sangre.

—Por supuesto que sí, Matty —contestó Anne, aliviada por aquella pequeña distracción.

Miró a su joven medio hermana con una mezcla de cariño y remordimiento. Ella no tenía culpa de nada.

—Con permiso —añadió llevándose a la chiquilla con ella.

Anne era consciente de que no debía estar resentida con su padre por ser feliz en su segundo matrimonio y con los hijos que habían nacido del mismo, ni tampoco con la mujer con la que él se había casado hacía seis años, solo dos después del fallecimiento de su madre.

Hasta cierto punto, había logrado cumplir este objetivo, pero entonces la nueva señora Loveday asumió el papel de casamentera además del de madrastra y empezó a limitar la participación de Anne en la consulta de su padre.

Nancy no era la responsable de que a las mujeres no se les permitiera ser médicos, cirujanas ni boticarias, pero ¿de verdad aquello implicaba que la única opción que tenía era casarse con un hombre mayor al que apenas conocía? Tenía veintisiete años y comprendía que el primer rubor de la juventud le quedaba ya muy atrás, así como la posibilidad de elegir entre los mejores pretendientes. A su edad, era poco probable que pudiera casarse por amor, y ella se había jurado que no se casaría bajo ninguna otra circunstancia.

Volvió a pensar en el infeliz matrimonio de su hermana y en el cansancio que arrastraba su madrastra después de haber dado a luz a cuatro hijos en los últimos seis años —y con un quinto en camino—. «No, gracias». Anne renunciaría a todo aquello y llevaría una vida de mujer soltera dedicada a ayudar a los demás, igual que la señorita Lotty.

Después de limpiar la herida de la rodilla de la pequeña Matilda y aplicarle un emplasto, volvió a abrir la carta más reciente de Charlotte Newland, la vieja amiga de su madre con la que Anne había mantenido correspondencia a lo largo de los años. La señorita Lotty era una

solterona de cuarenta y tantos años, y había invitado a Anne a visitarla y pasar un tiempo con ella en Painswick. En un primer momento, Anne había dudado. Ahora, tras los acontecimientos de aquel día, parecía evidente que debía aceptar.

Anne releyó las líneas que le había escrito la señorita Lotty, colmadas de noticias de lo que sucedía en Painswick y de palabras afectuosas de aquella querida mujer, que le recordaba que la echaba de menos y que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que se vieron. Terminaba la carta con una petición de lo más misteriosa:

P. D.: Mi querida Anne, en Painswick hay alguien a quien le vendría bien tu ayuda, aunque no me atrevo a decir su nombre por miedo a que eso te quite las ganas de venir.

Qué extraño...

A pesar de aquel misterio, Anne envió una respuesta aceptando la invitación. Aquello se le antojaba como la oportunidad perfecta para alejarse de una vez por todas de casa de su padre y de los intentos de su madrastra por emparejarla.



Cuando su padre regresó, Anne se sentía un poco avergonzada por haber perdido los nervios antes.

—¿Cómo se encuentra la señora Barker? —preguntó vacilante.

—De maravilla, igual que el recién nacido. La comadrona logró darle la vuelta y entre los dos pudimos traerlo al mundo sin necesidad de recurrir al instrumental.

Anne exhaló un suspiro de alivio.

—Qué buena noticia. Y, eh..., hablando de noticias, la señorita Charlotte Newland me ha invitado a visitar Painswick. He decidido aceptar.

Su padre dudó un momento y luego asintió lentamente con la cabeza.

—Comprendo.

Su rápida aquiescencia y la idea de tener que separarse de él le provocaron una inesperada punzada de dolor. En otro tiempo habían formado un gran equipo.

—Sé que echas de menos cómo eran las cosas cuando estábamos solos Fanny, tú y yo —dijo él—, pero...

—No, papá. Echo de menos cómo eran cuando estábamos los cuatro. Echo de menos a mamá. Es posible que tú la hayas olvidado, pero yo no puedo.

—¿Qué significa eso de que la he olvidado? No hay día en que no me acuerde de ella y lamente las decisiones que tomé. No debería haberla dejado sola contigo.

Otra puñalada directa a su corazón. Sin duda su padre lamentaba no haber estado presente para rectificar sus yerros. Si él hubiera estado allí, quizá su madre seguiría viva.

Capítulo 2

Anne escribió a su hermana para contarle su plan de pasar el verano, o tal vez más tiempo, en Painswick. Fanny, que vivía con su marido a unas diez millas de distancia, contestó de inmediato e insistió en que quería ser ella misma quien llevase a Anne hasta allí. Anne no consideraba sensato que Fanny visitara Painswick; de hecho, estaba bastante segura de que era una completa insensatez.

A pesar de las protestas de Anne, menos de una semana más tarde y tal como había prometido, Fanny llegó a buscarla.

Mientras Anne esperaba junto a la ventana, observando como el carruaje se acercaba traqueteando por la carretera, Nancy se acercó a ella.

—Supongo que te vas por mí.

—Dijiste que era hora de que me marchara —respondió Anne—. Y, al menos en eso, estamos de acuerdo.

—Ahora tu padre me va a echar la culpa.

«A mí me culpa de algo mucho peor», pensó Anne, pero no pronunció estas palabras en voz alta. Se imaginaba que debía decirle a Nancy que no se marchaba por su culpa, pero entonces no estaría siendo sincera. Tragó saliva y, en lugar de eso, lo que le dijo de manera bastante torpe fue:

—Espero que... sigas teniendo buena salud.

Luego recogió sus cosas y salió de la casa.

Nancy se quedó dentro, pero su padre salió a despedirlas. Las lágrimas amenazaban con desbordar los ojos de Anne, pero se impuso a ellas y manifestó con brusquedad:

—Te acordarás de que el señor Cowley necesita más marrubio para la tos, ¿verdad? Y para la señorita Bates, las pastillas de matricaria.

—Me acordaré.

Su padre le dio un beso en la mejilla a ella y otro a Fanny. Unos minutos después, Anne y su hermana ya iban de camino a Painswick,

a donde regresaban tras una ausencia de casi tres años. Painswick, el lugar de los noventa y nueve tejos y aún más recuerdos; un pueblo donde en su momento vivieron sus seres queridos... y en el que todavía hoy residían muchos amigos y un único enemigo.

Las dos hermanas estaban sentadas en el único banco que había en el pequeño vehículo. La joven criada de Fanny, que ocupaba el asiento plegable del lateral, no tardó en quedarse dormida inclinada sobre su baúl, dando cabezadas.

Anne se miró el reloj en forma de broche que llevaba prendido de la solapa y luego se dirigió a su hermana.

—Supongo que el señor Norton estaría... ocupado.

—Ah, pues no, no más de lo habitual. Se ofreció a acompañarme, pero preferí traer a Betsy. —Fanny señaló a la criada que dormía con la cabeza—. Es una mujer callada y será mejor compañía para el trayecto de vuelta.

Aquellas palabras desdeñosas hicieron que sintiera compasión por su bienintencionado cuñado.

Alrededor de una hora más tarde, el carruaje subió a un alto, dobló una curva, y entonces la alta torre de la iglesia de santa María y su chapitel aparecieron al otro lado de la ventanilla. Anne, inquieta a causa de la preocupación, se volvió hacia su hermana. Fanny, con la mirada fija al frente, no reaccionó; los ondeantes faldones del abrigo del coche ro le obstruían la vista, aunque, de todos modos, más que el paisaje actual, lo que debía de estar contemplando eran escenas del pasado, supuso Anne.

—Llegaremos dentro de unos minutos —dijo Anne en voz baja, a modo de suave advertencia.

—¿Mmm? —Fanny salió de su ensoñación dando un respingo—. Ah, sí.

—Has sido muy amable por traerme. Espero que no te resulte difícil. Estar aquí, quiero decir; los recuerdos.

Para Anne, la mayoría de los recuerdos que tenía de Painswick eran agradables. Aquel próspero pueblo lanero había visto nacer a su madre, y los padres de esta habían continuado viviendo allí muchos años después de que ella y su padre se casaran y se mudaran. Fanny y ella habían pasado muchos veranos alegres visitando a sus abuelos, hasta su fallecimiento hace algunos años. Por eso, Anne se sentía agradecida de

tener la oportunidad de regresar a Painswick. Claro está que a ella no le habían roto el corazón allí ni había visto cómo se destruían sus planes de casarse con el hombre al que amaba.

Fanny seguía teniendo una expresión distante. Soñadora.

—Painswick podría haber sido mi hogar. Ay, si así fuera... Si su tía no hubiera decidido interferir, podría ser feliz en vez de hallarme atrapada en un matrimonio sin amor.

—Fanny, el señor Norton está enamorado, eso es evidente.

—Entonces al menos uno de los dos lo está.

Cuando su hermana quedó con el corazón roto tras perder al hombre que había prometido casarse con ella, su madrastra la alentó a recobrar el ánimo casándose con un sacerdote solitario que ella conocía, un rector con una excelente renta y una buena casa. Fanny aceptó, pero aun así parecía no ser capaz o no estar dispuesta a olvidar aquel primer amor. Anne se compadecía de ella, pero también le resultaba frustrante que no hiciera un esfuerzo real por valorar al hombre con el que se había casado. Un hombre al que le guardaba rencor por no ser Jude Dalby.

Después de que Fanny contrajera matrimonio, los afanes de su madrastra se dirigieron a tratar de casarla a ella. También empezó a insistir en que debía comportarse como una señorita y dejar de asistir a su padre en su labor como cirujano y boticario, y él no se opuso.

El rechazo había sido como una puñalada.

Fanny le agarró la mano de repente.

—¿Crees que lo veremos?

El apasionado brillo de los ojos de su hermana hizo que volviera a inquietarse. Respiró hondo y respondió de manera calmada.

—No lo creo. E incluso si lo vemos, recuerda que ahora está casado, igual que tú.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo recuerdes. Tienes que prometerme que si te lo encuentras durante tu estancia aquí no vas a coquetear con él. Me acuerdo de que te fijaste en él antes que yo.

—¡Eso no es verdad! —protestó Anne.

No podía negar que le pareciera un hombre apuesto, pero le gustaba mucho más su primo Jasper.

—Además, difícilmente voy a coquetear con un hombre casado. Sobre todo, con uno que prometió casarse con mi hermana y luego cambió de idea.

Fanny negó con la cabeza.

—Su tía se opuso al compromiso. Fue culpa suya, no de él. Te equivocas al juzgarlo con tanta dureza.

Los argumentos que Anne había aducido en su momento se amontonaron en su mente: «Es un hombre adulto. Si de verdad quisiera casarse contigo, lo haría, con o sin herencia de por medio». Pero se mordió la lengua. No tenía sentido volver a discutir sobre ese asunto. Era el pasado. Ojalá Fanny pudiera verlo de la misma manera, aceptar la realidad y centrarse en el hombre que sí se había casado con ella.

El carruaje alcanzó las afueras del pueblo y luego traqueteó por la calle Nueva pasando por delante del edificio con entramado de madera donde se encontraba la estafeta del pueblo, tiendas que ambas conocían bien, casas de piedra pintadas de color miel y el Falcon Inn, hasta que al fin alcanzaron Yew Cottage. La vivienda de dos pisos se encontraba enfrente de la magnífica iglesia parroquial y su camposanto, tan extenso que más bien parecía un parque.

—¿Quieres pasar a saludar a la señorita Newland? —preguntó Anne—. Nos ha invitado a las dos a tomar el té.

Su hermana no reaccionó.

—¿Fanny?

Estaba mirando fijamente por la ventanilla en dirección a los múltiples árboles del jardín de la iglesia. Tenía lágrimas en los ojos.

—Pensándolo mejor, no voy a entrar. Creía que quería volver a ver Painswick, pero ahora que estoy aquí... No. Ni siquiera quiero poner un pie en sus adoquines. —Se sorbió la nariz y alzó el mentón—. Por favor, saluda de mi parte a la señorita Newland, y pídele a John que nos lleve hasta Stroud. Dejaremos que los caballos descansen mientras cenamos y luego haremos el trayecto de vuelta.

—Muy bien, si lo tienes claro...

—Clarísimo.

Anne salió sola del carruaje portando su maletín médico y su ridículo.² El cochero llevó el baúl y la maleta hasta la entrada de Yew

2 N. del Trad.: El ridículo era un bolso pequeño con cordones en el que las mujeres solían llevar pañuelos, monedas y otros objetos pequeños.

Cottage y después volvió a subirse al pescante. Un momento después, el carruaje ya estaba en marcha, continuando con su camino. Anne le dijo adiós con la mano, pero Fanny tenía el rostro vuelto, con la vista fija al frente.



Anne golpeó la puerta con la aldaba y, un momento después, una joven criada a la que no conocía abrió y la condujo a la sala de estar.

Nada más entrar, los ojos se le fueron directos hacia su querida Charlotte Newland, que tenía el cabello de color caoba —un color que en estos años había perdido algo de intensidad— peinado con la raya al medio, la nariz estrecha y unos amables y grandes ojos de cervatillo.

Charlotte se levantó con torpeza a causa de un tobillo que llevaba vendado y envolvió a la recién llegada en un abrazo que olía a agua de rosas.

—Bienvenida otra vez a Painswick, Anne. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Y yo a usted, señorita Lotty. Ahora, haga el favor de sentarse y explicarme qué le ha ocurrido.

—No es más que una torcedura.

La mujer la soltó y señaló con un gesto a la otra persona que se encontraba en la pequeña sala de estar, una dama un poco mayor con pelo rizado de color gris ceniza y anteojos.

—Quizá te acuerdes de mi vecina, la señorita Úrsula Birt.

—Por supuesto que la recuerdo. Me alegra volver a verla, señorita Birt.

—Igualmente, señorita Loveday.

—Llámeme Anne, por favor. Y, señorita Lotty, muchas gracias por invitarme a que me quede aquí con usted.

—Es un placer, querida. Confío en que tu padre pueda prescindir de ti durante este tiempo.

—Sí, además parece que sin reparos. —Entonces Anne se dio cuenta de algo—. ¡Ah, claro! Se refería a usted misma cuando me escribió que «en Painswick hay alguien a quien le vendría bien tu ayuda».



—Bueno, en realidad... —Lotty intercambió una mirada cómplice con la señorita Birt—. Mis necesidades son escasas en comparación con las de otras personas.

—Debería haberme dicho que se había lesionado —continuó Anne—. No quiero importunarla.

—Temí que pospusieras la visita si te lo contaba, o que te preocuparas en exceso por mí. Esto es una nimiedad y me habré recuperado en menos que canta un gallo. Aun así, es posible que por el momento las comodidades no sean tan buenas como cabría esperar. Dinah es una chiquilla encantadora, pero le falta experiencia. No me he atrevido a enfrentarme a las escaleras para comprobar el estado de la habitación de invitados.

—No se preocupe por eso. Estaré encantada de echar una mano el tiempo que me aloje aquí. Será mucho más agradable que pasarse el día persiguiendo a niños pequeños y cambiándoles los pañales.

La señorita Birt se estremeció de manera teatral.

—¡Qué espanto!

—Quiero mucho a mis medio hermanos —aclaró Anne—, pero no me agrada el papel de niñera.

—Ahora mismo hay tres niños en la casa, ¿verdad? —preguntó Lotty.

—Cuatro, y el quinto está en camino.

—¡Santo cielo! Y tu madre no está desde hace, ¿cuánto? ¿Menos de ocho años?

Anne asintió con la cabeza.

La preocupación hizo que Lotty frunciera el ceño.

—Disculpa, tal vez no debería haberla mencionado.

—No pasa nada. Mamá nunca anda lejos de mis pensamientos. Me acuerdo de ella a diario.

—No me cabe duda de que así es, querida. Yo también la añoro. En cualquier caso, me sorprende que hayas tenido tiempo de ejercer de niñera. Pensaba que estabas ayudando a tu padre con la consulta y las mujeres a las que tiene que atender.

—Lo ayudaba..., y me causaba gran satisfacción hacerlo, pero Nancy lo desaprobaba. Dice que ese es uno de los motivos por los que aún no me he casado.

—¿Tu madrastra te prohibió trabajar con tu padre? ¿Y a él le pareció bien?

—Bueno... Sí. —Anne volvió a sentir una punzada de dolor.

—Toda una madrastra malvada —murmuró Úrsula Birt.

—No, no es mala, es solo que no me entiende, ni siquiera después de todos estos años. Su único deseo es encontrarme un buen partido, ya que para ella eso es lo que representa la felicidad.

—Igual que hizo con Fanny, ¿no es verdad? —preguntó Lotty.

—Eso es.

—¿Cómo está tu hermana?

El rostro contraído y lloroso de Fanny se le apareció en la mente, y de nuevo volvió a escucharla hablar en un tono de voz cargado de resentimiento. Con una breve mirada hacia la señorita Birt, logró componer una sonrisa.

—Está bien. Me ha pedido que le dé recuerdos de su parte.

Una cosa era hablar de sus propias congojas y otra muy distinta divulgar las de su hermana. De hecho, Fanny ya la reprendía a veces por ser demasiado indiscreta.

La señorita Lotty, tal vez al notar algo fuera de lugar en el semblante de Anne, decidió cambiar de tema:

—Bueno, será mejor que te instales. —Hizo sonar una campanilla que se encontraba sobre la mesita auxiliar.

La criada, que se encargaba de todas las tareas domésticas, llegó con rapidez e hizo una pequeña reverencia.

—Dinah, si eres tan amable, acompaña a la señorita Loveday a la habitación de invitados.

—Ahora mismo, señorita.

—¿Te has acordado de subirle agua y toallas?

—Sí, señorita.

—Muy bien. —Lotty se volvió hacia Anne—. Te acompañaría yo misma, pero el médico insiste en que por el momento debo evitar las escaleras.

—Estoy de acuerdo con él. —Anne recogió su maletín y su maleta y Dinah cargó con el baúl—. Gracias otra vez por acogerme.



Tras una comida sencilla, Anne salió a dar un paseo, deseosa de estirar las piernas y volver a ver Painswick.

Cruzó la calle hasta la iglesia de santa María y tomó uno de los caminos que recorrían el camposanto. Se detuvo a arrancar y oler un lirio de los valles y más adelante se paró también bajo el tejo para volver a recordar aquel último picnic alegre que pasó toda la familia junta.

Después de eso, visitó la tumba de sus abuelos. Habían fallecido con una quincena de diferencia. Sus nombres y las fechas de su nacimiento y fallecimiento estaban inscritos en la piedra, junto con un epitafio que ellos mismos habían elegido:

*Adiós, mundo vano, ya he visto suficiente de ti,
en el dolor y la pena, en la enfermedad y la desgracia.
Ni tus sonrisas valoro ni tus ceños temo,
pues gracias a Dios, duermo tranquilo aquí.
Aquellas fallas que hayas visto en mí, trata de evitarlas,
y mira en tu hogar, hay cosas por hacer.³*

Estos versos no les pertenecían solo a ellos, sin embargo, resumían muy bien su naturaleza: la fe, la estoicidad frente al sufrimiento, la humildad y el valor que le conferían al trabajo y la responsabilidad.

Thomas y Sarah Spring habían sido figuras clave en la formación de su propio carácter —igual que sus padres, claro—, y siempre les estaría agradecida y los amaría.

Recorrió con el dedo, de manera cariñosa, las letras grabadas de sus nombres y susurró un «os echo de menos». Confiaba en que su madre y sus abuelos estarían en el cielo, y esperaba de corazón poder volver a verlos algún día.

Después de eso, Anne siguió caminando, por costumbre, hasta alcanzar el que era su escondite preferido en su juventud: un antiguo sepulcro cuyo epitafio estaba desgastado por el paso del tiempo y ahora resultaba ilegible y que se encontraba medio cubierto por un tejo de ramas bajas. Pasó por debajo de estas y luego volvió a enderezarse cuando se halló en el interior de aquel refugio de ramitas afiladas que pendían sobre

3 N. del Trad.: Este epitafio, con variaciones, fue bastante común en los cementerios ingleses durante los siglos XVIII y XIX.

el sepulcro. Ay, cuántas veces se había ocultado allí antaño cuando jugaba al escondite con Fanny, Jasper Paine y otros chiquillos de Painswick. Aquel había sido su rinconcito especial; cuando se cobijaba allí de niña, se imaginaba que se encogía hasta alcanzar el tamaño de una pequeña hada escondida bajo el sombrero de una seta.

Al salir de allí unos minutos después, Anne se rozó con las espinas del árbol y la manga se le manchó de polen.

Le pareció notar que la observaban, y miró en derredor.

Nadie. Tras recorrer la zona con la mirada, levantó la vista y allí encontró, alzándose imponente por encima del muro de piedra, Painswick Court, con su tejado de pizarra y sus altas chimeneas que se elevaban hacia el cielo como una mano furiosa. ¿La estaría observando alguien desde las ventanas del piso de arriba o era la cercanía de la vieja casa, de la que se decía que estaba embrujada, lo que le causaba tal inquietud? Se estremeció y notó que se le ponía la piel de gallina.

Con rapidez, siguió su camino hasta salir del camposanto a la calle St. Mary, luego dejó atrás el mercado y continuó cuesta abajo por la calle Vicarage. Pasó por delante de varias casitas humildes hasta alcanzar el templo de los Amigos.⁴ Aquí, torció a la derecha por un caminito estrecho que le gustaba recorrer de pequeña. Estaba flanqueado a un lado por un espeso muro de árboles descuidados y matorrales y, al otro, por una amplia pradera salpicada de tendederos donde se ponía a secar la lana, con el alto monte Beacon al fondo.

Se detuvo a disfrutar de la vista de aquel adorable valle acariciado por la luz del crepúsculo.

Desde el otro lado de la pared de árboles le llegó el murmullo de unas voces que hablaban en voz baja. Quienesquiera que fueran, seguramente creyeran que estaban a salvo no solo de ser vistos, sino también de que les oyeran.

—No tendrías que haber venido —dijo un hombre.

Una voz femenina respondió algo que Anne no alcanzó a oír.

—Y, por descontado, no deberías quedarte en Painswick Court.

Anne se volvió. Aquel nombre había llamado su atención.

—¿Y eso por qué?

4 N. del Trad.: Se refiere a la Sociedad Religiosa de los Amigos, también conocidos como cuáqueros.

—¡Shhh! Baja la voz. Sabes muy bien por qué.

—¿Acaso no es esa también la razón por la que has venido tú?

—¡No! —insistió el hombre—. Este plan tuyo no te va a traer nada bueno. Déjalo estar, te lo suplico.

—¿Cómo pretendes que lo deje estar? Y en cualquier caso, ya es demasiado tarde, porque...

Anne no logró entender el resto de la respuesta de la mujer, pero lo que fuera que dijo hizo que el hombre farfullara una maldición entre dientes.

A eso le siguió un silencio. Al pensar que ya se habían marchado, Anne dio un paso adelante y... ¡crac! Una rama se partió bajo sus botas. Se detuvo en seco, levantó la vista y se encontró con un hueco en el follaje que le permitía observar lo que sucedía al otro lado. El hombre, claramente sobresaltado, tenía el rostro vuelto en su dirección. A través de aquel pequeño túnel, sus miradas se encontraron. La mujer, más baja que él, estaba de espaldas y fuera de su campo visual, de modo que solo alcanzó a vislumbrar un sombrero de paja.

Un segundo después, el hombre se dio la vuelta y se llevó a la mujer con él.

—Ven. No deberíamos hablar de esto en público.

Anne se quedó donde estaba, extrañamente temerosa de que el hombre encontrara una abertura mayor en el muro de árboles y lo atravesara para venir a enfrentarse con ella. Sin embargo, las pisadas se alejaron hasta desaparecer.

Con el corazón latiéndole con fuerza, se volvió y desanduvo el camino con premura, deseando sustituir aquel sendero desierto por las concurridas calles de la ciudad y la seguridad que representaba Yew Cottage.